

Los sacramentos de la unidad

Los dos grandes sacramentos de la unidad, dice el Conc. Vat., II, son el *Bautismo y la Eucaristía*.

El bautismo es la puerta para entrar en la Iglesia (Hech 2,41; 8,12). *Por el bautismo* nos sumergimos en el Cristo total y nos hace vivir su vida; y por la *Eucaristía* los cristianos nos hacemos una comunidad en Cristo y por Cristo.

Por el bautismo nos convertimos en miembros de la Iglesia, formando un solo cuerpo en Cristo (Rom. 12,5), así como en nuestro cuerpo los miembros son diversos y cada uno desempeña su función, así también en la Iglesia hay diversos miembros y ejercen diversas funciones: unos son apóstoles, otros doctores, otros tienen don de lenguas, etc.

Semejanza con Cristo

Por ser Cristo la cabeza de este cuerpo, o sea, de su Iglesia, es necesario que los cristianos o miembros de la misma se asemejen a Cristo hasta que El sea formado en ellos (Gál. 4,19).

19. Amor a la iglesia: Debemos amar a este mismo Cuerpo, santamente orgullosos de pertenecer a él, «puesto que nada más glorioso, nada más noble, nada —a la verdad— más honroso se puede pensar que formar parte de la Iglesia Santa, católica, apostólica y romana, por medio de la cual somos hechos miembros de un solo y venerado Cuerpo, somos dirigidos por una sola y excelsa Cabeza, somos, por último, alimentados en este terrenal destierro con una misma doctrina y un mismo angélico Pan, hasta que por fin gocemos en los cielos de una misma felicidad eterna». (Pío XII)

SEGUNDO MANDAMIENTO

**No tomarás en vano el nombre del Señor tu Dios
(Ex., 20,7)**

Este segundo Mandamiento impone tres obligaciones: de no blasfemar, de no jurar en falso y de cumplir los votos.

Hablemos por separado de cada una de dichas obligaciones.

§ 1.—De la blasfemia

1. A Dios se le honra con oraciones y alabanzas, y se le deshonra con la blasfemia.

Blasfemo es aquel que atribuye a la criatura atributos exclusivos de Dios; como sería decir del demonio que es santo, omnipotente, sapientísimo. Pecan, por consiguiente, quienes afirman que el demonio conoce las cosas futuras contingentes: verbigracia, los números que han de salir premiados en un sorteo. Lo por venir es conocido únicamente por Dios; el demonio sólo puede saber los externos acontecimientos pasados y, cuando más, conjetura por las cosas presentes los futuros.

Blasfemo es también quien lanza contra Dios palabras injuriosas, como *¡maldito sea!* o *¡pese a Dios!* Decir que Dios no hace las cosas bien o que no se preocupa del hombre a quien crió, sería además blasfemia con nota de herejía.

La blasfemia puede ser no sólo de palabra, también de obra, como sería escupir contra el cielo, pisotear la cruz, los atributos santos o las imágenes sagradas.

Grave blasfemia es también maldecir a los Santos o las cosas santas, tales como la Misa, el templo, los días sagrados de la liturgia; asimismo maldecir al alma humana y más todavía a las almas de los muertos, a menos que la maldición se refiriese a almas condenadas.

2. No será pecado mortal decir de Dios o de los Santos ciertas expresiones que, sin llegar a la gravedad de un «¡maldito sea!», encierran sin embargo alguna irreverencia; pero sí pecado venial, pues ya lo es el hecho de tomarse en vano un nombre santo.

Tampoco sería blasfemia soltar maldiciones; verbigracia, contra *San Sebastián o Santa Teresa* cuando por estos nombres se entendiese el de una ciudad o lugar.

3. Maldecir las criaturas, el viento, la lluvia, los años, los días, etc., no es blasfemia ni tampoco pecado grave; de suyo es una falta venial, a no ser que semejantes maldiciones se refieran a Dios, diciendo, por ejemplo, viento de Dios, día de Dios, o se trate de criaturas en las cuales resplandece de modo particular el poder de la grandeza de Dios, como sería maldecir al cielo o al alma humana, según antes dijimos. También sería blasfemia maldecir contra el mundo, a menos que por esta palabra se signifique *el mundo malo* del que habla San Juan diciendo: *El mundo está todo en manos del maligno*. (1 Jn. 5,19).

4. No hay blasfemia en maldecir en general la fe de otro, con tal de no añadir palabras como éstas: *fe santa, fe cristiana*; pues muy bien puede entenderse de la fe humana o de la virtud social de la fidelidad.

5. Tampoco es blasfemia, ni pecado grave de ninguna clase, la maldición de los muertos.

La razón es que la palabra *muerto*, es en sí término privativo que significa *hombre privado de la vida*. De suyo no se refiere propiamente a las almas, sino a los cuerpos, ya que los que se mueren son los cuerpos y no las almas.

No es pecado mortal, como comúnmente enseñan los doctores con Santo Tomás, maldecir a un hombre que está vivo, es decir, que tiene cuerpo y alma, con tal que no se le desee realmente la imprecación o maldición que se le echa. Ahora bien, si no hay pecado mortal en maldecir a una persona viva, en la cual ciertamente subsiste el alma, ¿por qué ha de haberlo en maldecir a una persona muerta?

Añádese que, de ordinario, quienes maldicen a los muertos no intentan la maldición de sus almas; más aún, no pretenden injuriar a los muertos, sino a los vivos contra los cuales va su enojo.

Esta opinión no es mía solamente; tres autores he hallado que tratan esta materia, y los tres son de este mismo parecer. He consultado, además, con muchos doctos varones de Nápoles y quise saber la opinión de las tres célebres Congregaciones de sacerdotes seculares misioneros —la del P. Pavone, la del Arzobispo y la de San Jorge—, en las cuales está lo más granado del clero napolitano, y las tres respondieron unánimemente a mi favor.

6. No me explico la facilidad con que a veces se califican de pecado mortal ciertos actos, siendo así que —según enseñan todos los teólogos, tanto antiguos como modernos—, para asegurar que una cosa es pecado mortal, debemos estar ciertos de que lo es. He aquí lo que escribe San Raimundo de Peñafort: «Te aconsejo, amigo mío, que no seas fácil de enseñar pecado mortal cuando no conste por la Sagrada Escritura que ciertamente lo es». Y San Antonino enseña que, «es peligrosísimo calificar una cosa de pecado, no habiendo un texto expreso de la Sagrada Escritura, o de los cánones de la Iglesia, o una razón evidente en que apoyarse; porque si se da como mortal, quien lo haga se hará reo de culpa formal, aun cuando materialmente no lo fuera». Y en otro lugar, hablando el Santo de actos del penitente de cuya grave culpabilidad no consta al confesor, dice: «Si no puede (el confesor) determinar claramente si son o no pecado mortal, no debe entonces... formarle la conciencia de pecado mortal».

Pero si al maldecir a los muertos no es blasfemia, pecado si que lo es, por lo menos venial; y, dentro de lo venial, tiene una especial gravedad. ¡Hay quienes tienen la feísima costumbre de traer siempre a los muertos en su boca!

7. Pero digamos algo de la mostruosidad que lleva consigo el pecado de la blasfemia, del cual venimos hablando.

Mandó el Señor en la antigua Ley que fuese sacado el blasfemo de la ciudad y del campamento y apedreado por todo el pueblo: *Saca al maldiciente fuera del campamento... y la lapídelo toda la asamblea* (Lev. 27,14). Pasó no hace mucho tiempo en Vene-

cia. Un individuo soltó una blasfemia; y en su propia casa fue prendido por orden del juez y, allí mismo le arrancaron la lengua tiráronla al fuego. Todavía en nuestros días, en el reino de Nápoles, los decretos reales castigan la blasfemia mandando que el blasfemo sea marcado en la frente con un hierro candente y luego condenado a galeras. Mas no se ve que estos decretos se pongan muy en práctica, por ser pocos los que, venciendo humanos respetos, se tomen el cuidado de denunciar. Denunciar por odio a un blasfemo, no está bien; pero denunciarlo con el fin de desarraigar el detestable vicio de la blasfemia y de evitar, con el castigo de los culpables, el escándalo de quienes oyen blasfemar, esa sí que es cosa buena y santa.

8. Para que se evite el escándalo, he dicho; porque los niños oyendo a las personas mayores, de ellas aprender luego a blasfemar, ¡Qué vergüenza ver a tantos niños, que no saben nada de religión, y ya han aprendido a maldecir a la Virgen, a San Pedro!...

Pero ¿qué mal te hicieron, cristano, la Virgen, ni San Pedro, ni santo ninguno para que así vomites injurias contra ellos? Te enfadas por culpa de tu mujer, de tu amo, de tu criado y ¡vas a descargar tu ira con los Santos! Estos interceden por nosotros delante de Dios, ¿por qué, pues, los insultas? ¡No sé cómo no se abre la tierra para tragar al hombre blasfemo!, ¡y que haya personas que osan blasfemar de aquel que les conserva la vida!, ¡personas que, en vez de dar gracias a Dios por sufrirlas con paciencia y no arrojarlas en el infierno, lo cubren todavía de blasfemias!

9. Además de esto, toda blasfemia es pecado gra-

visímo, «No hay pecado —dice San Jerónimo— que no resulte pequeño al lado de la blasfemia». «Al blasfemo —escribía San Juan Crisóstomo— abofetadle en la cara y rompedle los dientes». Y es que el blasfemo es peor que los mismos condenados; éstos maldicen al Dios que los castiga, pero aquél maldice al Dios que lo está colmando de beneficios.

10. ¡Con cuán terribles castigos muchas veces hirió Dios a los blasfemos! Aquí mismo, en el reino de Nápoles, dióse el caso de un individuo que blasfemó contra el Santo Cristo de un lugar; yendo luego de camino y pasando delante de la capilla de aquel Santo Cristo, cayó al suelo herido de muerte repentina. En el valle de Novi o de Diano, no hace muchos años habiendo un carretero soltando una blasfemia, cayó al río, quedando con la cabeza metida bajo las varas del carro, donde por fuerza hubo de morir ahogado. Yo mismo he hablado, con quien fue testigo del suceso.

Pero si Dios, a veces no castiga en esta vida, sepa el blasfemo que no se librará de un gran castigo en la otra. El Señor mostró a Santa Francisca Romana el particular y horroroso tormento que en el infierno padecen las lenguas blasfemas.

11. Hermano, si en lo pasado tuviste costumbre de blasfemar, esfuerzate ahora con todo interés por desarraigarla de ti. ¿Qué consigues con tus blasfemias? ¿Provecho? Ciertamente ninguno. ¿Placer? Pero ¿qué placer puede haber en injuriar a los Santos? ¿Honor? Antes al contrario, te atraes vituperio; porque hasta delante de los demás blasfemos se hace censurable y despreciable quien blasfema.

12. Ten por cierto, hermano, que si en el presente no te libras de tu execrable costumbre, ya nunca luego lo conseguiras. Este vicio crece con los años; a medida que éstos pasan, aumentan los achaques y las enfermedades, y con ello, el mal humor, de manera que seguirás siendo blasfemo hasta la muerte.

Un condenado a la horca, al ser lanzado del poste y sentir aprétarsele la soga en la garganta, lanzó, por la costumbre que tenía, una blasfemia y así murió. Un carretero, blasfemo también empedernido, expiró con una blasfemia en los labios.

Haced, pues, una buena confesión y tomad en este tiempo que Dios os concede el firmísimo propósito de no volver nunca a blasfemar. Para ello rezad en adelante todos los días al levantaros de la cama *tres Avemarías* a la Santísima Virgen, rogándola que os libre de proferir blasfemias. Y si alguna vez ocurre tomaros de la cólera, dejad en paz a los Santos y acostumbraos en semejantes casos a maldecir del diablo o de vuestros propios defectos; aunque mejor será que en lugar de imprecaciones groseras, digáis; «¡Virgen Santísima, ayudadme!» «¡Madre mía, dadme paciencia!» Ahora al principio tendréis que haceros violencia, pero veréis cómo pronto, con el auxilio de Dios, desarraigáis la costumbre y lográis fácilmente veros libre de este pecado.

13. A fin de que toméis mayor aborrecimiento a la blasfemia, escuchad el castigo que Dios envió a un blasfemo.

Cuenta el Cardenal Baronio en sus *anales* que allá en Constantinopla, el año 494 y en las termas del palacio Heleniano, un tal Olimpio, de la facción arriana, osó blasfemar contra la Santísima Trinidad. Me-

tióse en el baño pero al instante salió del él gritando: «¡Ay de mí!, ¡socorro!», mientras iba con uñas y dientes arrancándose las carnes de su cuerpo. Lo envolvieron sus amigos en una sábana, pero el infeliz seguía rugiendo de dolor; cuando luego quisieron quitársela, tan adherida estaba al cuerpo que le desgarraron toda la piel. Hasta que entre espasmos de dolor murió en manos de los demonios, que se lo llevaron consigo a los eternos tormentos del infierno.

14. Refiere también San Gregorio en sus *diálogos* que un niño de cinco años, hijo de un señor conocidísimo en toda Roma, habíase acostumbrado a blasfemar de Dios por cualquier rabieta, sin que su padre se molestara lo más mínimo en corregirle. Enfermó el niño gravemente, y descansando un día sobre las rodillas de su padre, se le vio mirar hacia un lado con ojos de espanto mientras gritaba: «Papa, échalos, échalos de aquí»; y volviendo el rostro, se escondía en el regazo paterno.

—Pero ¿qué estas viendo, hijo mío, qué te pasa?

—Vienen allí unos moros y me quieren llevar. Dicho esto y soltando una blasfemia contra la soberana majestad de Dios, expiró.

§ 2.—*Del voto*

15. Acerca del voto pocas cosas hay que advertir al pueblo en general, ya que casi toda esta materia atañe a los superiores y confesores.

¿Qué es el voto? Una promesa deliberada hecha a Dios de un bien posible y mejor.

a) Una *promesa* que debe ser con ánimo de obligarse, pues, faltando esta intención, el voto a nada obliga. En la duda de sí hubo o no intención, presúmese que sí, pues todo acto se supone rectamente hecho. Cuando la duda es acerca de si la promesa fue verdaderamente voto o un simple propósito, véase entonces si el que hizo la promesa juzgaba pecado mortal su incumplimiento; si responde afirmativamente, debe tomarse por voto.

16. b.) *Deliberada*, puesto que el voto supone necesariamente, en quien lo hace, perfecto uso de razón y libre voluntad. De ahí que no obliga el voto de los niños, máxime si no han cumplido aún los siete años, a no ser que conste de su pleno uso de razón. Por lo mismo, tampoco obliga el voto emitido por temor ante las amenazas de otros interesados en él.

17. c) *De un bien posible y mejor*. Posible, pues de lo contrario es como si nada se hiciera. Si es posible en parte y admite plazos su cumplimiento, entonces el voto es válido en cuanto a la parte posible, con tal que sea ésta la parte principal. Y *mejor*, pues un voto que prometiera un bien inferior o indiferente, sería completamente nulo, a menos que por las circunstancias venga a ser lo prometido un bien mejor.

18. Adviértase que si uno ejecuta la obra prometida, pero sin acordarse para nada del voto con que la prometió, la obligación del voto queda totalmente satisfecha, pues todos tenemos una voluntad, general por lo menos de cumplir primero lo que es de obligación y después lo que es devoción. Si alguno

duda si hizo voto o no lo hizo, lo más seguro es que lo cumpla, aunque en rigor no está obligado a ello. Por el contrario, el que está cierto del voto, pero duda de su cumplimiento, esta obligado a cumplirlo, pues en este caso posee la obligación del voto.

19. Cuando uno descuida la realización del voto, ¿qué relación debería juzgarse materia grave? Según algunos autores, dos años o, a lo sumo, tres. Pero esto se entiende cuando el voto es de una cosa transitoria, como de visitar algún santuario o de encarar celebración de misas, etc.; porque si el voto es de cosa perpetua, la dilación de solos seis meses bastaría— según los mismo autores— para constituir pecado mortal.

Ruego encarecidamente a todos los fieles, sobre todo a las mujeres (hablo en general) que no hagan votos. Se hacen una infinidad de ellos, y luego pasan los años y mas años sin cumplirlos. Cuando queráis ofrecer alguna cosa a Dios, haced simplemente una promesa, pero sin obligaros con voto. Y el que hizo voto y ve que probablemente no lo va a cumplir, pida la conmutación del mismo a quien tenga facultad para hacerla, según luego diremos.

20. —¿Cómo cesa la obligación del voto?

[De cuatro maneras; por *simple cesación*, por *irritación*, por *dispensa* y por *conmutación*.

1. Simple cesación; Se verifica ésta, según el Derecho Canónico, en los siguientes casos:

a) Cuando ha transcurrido el tiempo señalado para terminar la obligación. ¿Prometiste, por ejemplo, ayunar este año la víspera de la Inmaculada precisamente, y no lo hiciste? —La promesa cesó, y ningun-

na obligación tienes de suplir ese ayuno en otra ocasión o tiempo.

b) Si cambió sustancialmente la cosa prometida. Esto acontece cuando lo prometido resulta física o moralmente imposible, o se hace ilícito, inútil o impeditivo de un bien mayor su cumplimiento; es decir, cuando cambiaron de tal manera las circunstancias que, previstas, no hubiera habido lugar a la promesa.

c) Si no se verifica la condición de la cual depende el voto. Y así, a nada estás obligado si se muere aquel enfermo por cuya salud prometiste hacer los Primeros Viernes.

d) Si cesa la causa final, es decir, el fin por el cual se hizo la promesa. Por ejemplo prometes dar una limosna para aliviar la grave necesidad en que se halla cierta persona, la cual de pronto se ve agraciada con uno de los mayores premios de la lotería nacional.

2) *Irritación*: que puede hacerse por todo aquel que tiene potestad dominativa sobre el que hizo el voto, como son: el padre, el marido, el tutor y el Superior religioso, tanto en las Religiones de varones como de mujeres.

La irritación, aun sin causa alguna, siempre es *válida*; para que sea *lícita* deber haber justa causa; y anula el voto de tal suerte, que es ningún caso vuelve después a revivir la obligación.

3) *Dispensa*: Pueden hacerla el Romano Pontífice y, respecto de sus súbditos, el Ordinario local, el Superior de Religión clerical exenta y aquellos a quienes la Sede Apostólica hubiera delegado.

Entre los votos privados hay dos, el de *perfecta y perpetua castidad* y el de *entrar en Religión de votos solemnes*, cuya dispensa esta reservada exclusivamente al Papa. Por eso se llaman *reservados*. Para que

lo sean, es preciso que dichos votos se hayan hecho por amor a la virtud y no con un sentido penal ni condicionalmente. Y así si un individuo aficionado al juego prometiera imponerse el castigo de hacerse fraile mendicante a la primera vez que recaiga en la tentación de jugar, o si otro prometiera lo mismo a condición de sanar de una enfermedad que padece, en ninguno de estos casos —en los que para nada intervino definitivamente el amor a la vida religiosa— sería el voto reservado, pudiendo, por consiguiente, dispensar de él el Ordinario del lugar o un sacerdote delegado

4) *Conmutación*: la cual, si es por un bien inferior, sólo pueden hacerla los que tienen facultad para dispensar; si es por un bien mejor o igual, puede hacerla el mismo que hizo el voto

Tanto para la dispensa como la conmutación, cuando ésta es por un bien menor, requiérese causa justa.

§ 3.—Del juramento

21. Juramento es la invocación del nombre de Dios como testigo de la verdad de lo que afirmamos. Así, pues, jura aquel que asegura una cosa *por Dios, por tal Santo* o por algo sagrado; v. gr., *por los sacramentos, por los Evangelios, por la Iglesia, por la cruz de Cristo, por la Santa Misa*, o nombrando alguna criatura en la cual resplandece de modo especial la bondad o el poder de Dios, como si uno jurara *por el alma, por el cielo o por el mundo*.

¿Sería juramento decir *¡Vive Dios!... o Bien sabe Dios...*? Hay que distinguir; si estas expresiones son

en tono de invocación, esto es, invocando el nombre de Dios en testimonio; no lo sería empleándolas sencillamente como un medio de dar fuerza y expresión a nuestro aserto, sin pretender llamar a Dios como testigo.

Tampoco es juramento decir: *¡Por mi conciencia!*, *¡A fe mía!*, cuando por fe no se entiende la divina. Ni tampoco el que simplemente dice: *juro que sí*, a no ser que ello diga en repuesta al requerimiento que otro le hiciera de jurar por Dios o por un Santo o por cosa santa.

22. El juramento es de cuatro clases: *Asertorio*, cuando se afirma y se jura que una cosa es así. *Promisorio*, cuando se promete y se jura lo prometido. *Execratorio o imprecatorio*, diciendo por ejemplo: «Castígueme Dios si esto no hiciera.» Y, por ultimo, *conminatorio*, como sería decir: «Juro por Dios que, si no haces caso, me la hacer de pagar.»

En el juramento asertorio afirmar cosa falsa es pecado mortal; lo es asimismo en el promisorio jurar sin intención de cumplir lo prometido. Si al momento de jurar hubo intención y luego se abandonó y la cosa es de poca importancia, muy probablemente —según enseñan muchos doctores— no hay pecado mortal, puesto que en el juramento se invoca a Dios como testigo de la voluntad presente que promete, no ya de la ejecución futura de la promesa.

23. Respecto al juramento promisorio hay que tener presentes dos principios:

1.º Nunca el juramento puede obligar a una cosa ilícita.

2.º Si lo prometido es lícito, el juramento obliga

siempre. Por ejemplo: unos atracadores asaltan en el camino a un individuo; éste, para librarse de sus amenazas, les promete con juramento entregarles la cantidad de dinero que piden. ¿Estará obligado a cumplir su juramento?

Sí, ciertamente, porque, aunque la promesa haya sido hecha bajo la presión injusta de los bandoleros, sin embargo el cumplimiento de la misma es lícito. Podría, no obstante puesto que la promesa fue arrancada por temor, hacerse desligar del juramento por un superior facultado, y quedar así libre de la promesa.

¿Y no podría el individuo del caso propuesto jurar, pero sin ánimo de cumplir lo que prometía?

No; eso no se puede hacer, y decir lo contrario es proposición condenada por Inocencio XI.

24. Si el juramento es excretorio, únicamente obliga cuando se apela al nombre de Dios o de cosa santa. Dígase lo mismo si el juramento es conminatorio, a no ser que el castigo conminado fuese injusto, pues entonces no obliga; y así, no obligan los juramentos con que los padres amenazan injustamente a los hijos: «¡Por vida de Dios que te mato si no vuelves en seguida!» y otros semejantes.

25. Para que el juramento sea lícito debe reunir estas tres condiciones: que sea hecho con *verdad*, con *justicia*, y con *juicio o necesidad*.

Con verdad, esto es, que la cosa afirmada sea verdadera: pecaría, pues, el que jurase en una cosa dudosa.

Con justicia, por manera que quien jurase hacer

algo injusto o ilícito cometería dos pecados, uno contra la justicia y otro contra la religión.

Con juicio, es decir, con causa razonable. Faltar en esto no pasará de suyo de pecado venial.

26. Tengáse también en cuenta que jurar en falso delante de los jueces es doble pecado; y que si es con daño de tercero, hay obligación de reparar los perjuicios. El testigo siempre está obligado a declarar según verdad cuando es interrogado legitimamente por el juez.

—Pero, Padre, es que si canto la verdad, lo hubiera pasado muy mal fulanito; así es que por sentimientos de caridad para con él, preferí decir que no sabía nada.

—¡Bonita caridad! ¡Que por hacer un favor al prójimo cometas tú un gravísimo pecado y quieras ser causa de tu propia eterna condenación! ¡Así es como luego aumenta la delincuencia: los testigos niegan lo que han visto, los malhechores quedan absueltos y se multiplican los hurtos, los homicidios, y tantos otros delitos! Menos se perpetrarían si a tiempo fuesen castigados los delincuentes.

27. ¿Cómo cesa la obligación impuesta por el juramento promisorio? De varias maneras; [1.º Si la condona aquel en cuyo beneficio se emitió el juramento; 2.º Si varía sustancialmente la cosa jurada, o si, cambiadas las circunstancias, se convierte en mala o del todo indiferente o impeditiva de un bien mayor; 3.º Si cesa la causa final o la condición por la cual tal vez se hizo el juramento; 4.º Cesa, finalmente, por irritación, dispensa o conmutación, a tenor de lo dicho anteriormente al hablar de voto.]

TERCER MANDAMIENTO

**Ten presente que debes santificar el día del Señor
(Ex., 20,8)**

1. Dos obligaciones impone este Mandamiento los domingos y festivos: abstenerse de todo trabajo servil y asistir a la Santa Misa.

En el Antiguo Testamento, *el día santo era el sábado*. Más tarde los Apóstoles lo trasladaron al domingo que —como ya notó el Papa San León— fue también santificado por Dios repetidas veces: en domingo creó Dios el mundo, en domingo resucitó Jesucristo y en domingo descendió el Espíritu Santo sobre los Apóstoles.

Dice Santo Tomás y con él comúnmente los doctores, que el precepto de santificar las fiestas, «en cuanto manda que dedique el hombre algún tiempo en su vida a honrar a Dios, es precepto moral», el cual por natural obligación, todos debemos cumplir; pero «en cuanto *determinados días...*, es precepto *ceremonial*». En este sentido ya no obliga, por caduca, la ley de Moisés, sino que debemos atenernos al mandamiento de la Iglesia, la cual tiene fijados todos los días de *precepto* (Veáse Conc. Vat. Sc. 106).

2. Y ahora pregunto: ¿Qué fin habrá tenido Dios al instituir los días Santos?

Lo ha hecho para que el hombre, después de haberse ocupado los días laborales en los bienes del cuerpo, se preocupe los días festivos en los bienes del alma, no sólo asistiendo al Santo Sacrificio de la Misa, sino además oyendo la divina palabra, visitando a Jesús Sacramentado, invocando al Señor y practi-

cando otras devociones en el templo. Mas ¡ay! ¿En qué emplean muchísimos cristianos los días de fiestas? En el juego y en la embriaguez, y en conversaciones y tratos deshonestos.

Oíd lo que cuenta Surio en las *Vidas de los Santos*, 7 de septiembre. Vivía en Francia en la ciudad de Díe, un santo Obispo llamado Esteban, el cual, no pudiendo remediar los graves desórdenes de su pueblo que convertía las fiestas del Señor en días de juego, bailes y borracheras, pidió y obtuvo del cielo que cierto día apareciese por las calles de la ciudad una gran muchedumbre de demonios en figuras espantosas, causando tal consternación que todo el mundo pedía a gritos misericordia. Y sólo cuando todos hubieron prometido enmendarse, los libró el santo Obispo con sus oraciones de aquellos horribles monstruos del infierno.

§ 1.—De la obligación de no trabajar

Hay que distinguir tres clases de trabajos: serviles, liberales y comunes.

3. Trabajos *serviles*, en un sentido místico—como enseña Santo Tomás—, son cualesquiera actos pecaminosos; en sentido literal, son las obras propias de siervos. Llámense también trabajos corporales, y que son, verbigracia, edificar, cavar, coser, trabajar el hierro, la piedra o la madera, y todas aquellas labores que exigen esfuerzo corporal. Y éstos son propiamente los trabajos que el tercer Mandamiento prohíbe ya desde la Ley antigua: *Ninguna obra servil haréis en la fiesta del Señor* (Lev. 23,7).

Trabajos *liberales*, llamados también intelectuales o del espíritu, son los propios de personas libres: estudiar, enseñar, tañer instrumentos músicos, escribir y cosas por el estilo. Permítense en días festivos, aun cuando se hicieran con algún lucro.

Según la opinión comunísima de los doctores, se ha de contar entre las obras liberales la transcripción y copia de escritos, cosa que también se ordena a la instrucción intelectual.

4. Trabajos *comunes* o intermedios son los que se ejercen por toda clase de personas, libres y siervos. También estos trabajos están permitidos, según el parecer de los doctores, con Santo Tomás. Después de haber explicado el Santo que sólo de las obras serviles debe entenderse la prohibición de este Mandamiento, añade: «Las obras corporales, que nada tienen que ver con el culto espiritual de Dios, llámanse serviles por ser propias de siervos; *pero si son comunes a libres y a siervos, no entran en la denominación de serviles*». No está, por consiguiente, prohibido en las fiestas el viajar, ni tampoco —según la sentencia más común y más probable— el cazar y pescar, obras en sí *comunes*. Si la pesca se efectúa con grande esfuerzo, entonces parece debe ser catalogada entre las obras serviles, como se infiere del texto canónico (cap. 3, de feriis), que aduce una dispensa del Papa para la pesca.

5. Se prohíben además las tareas forenses, es decir toda actividad propia de los tribunales de justicia, como citar a las partes, instruir proceso, dictar o ejecutar sentencia, a no ser que lo exija la necesidad o la piedad.

Se prohíbe también la venta en establecimientos abiertos al público. Se permite, sin embargo, en las ferias y mercados autorizados por la costumbre o por particular indulto; así como también se permite la venta de artículos necesarios en el uso cotidiano, como son los alimentos del día, licores y cosas semejantes.

6. ¿Qué causas excusan de la ley del descanso dominical?

1.^a La dispensa del Obispo, o del párroco en algún caso particular y por justa causa. [También los Superiores de Religión clerical exenta tienen la misma potestad de dispensar, a modo de párrocos, a los profesos, novicios y demás que moran de día y de noche en la casa religiosa por causa de servicio, o de educación, o de hospedaje, o de enfermedad].

2.^a La costumbre que existe en algún lugar, con tal de que haya prescrito y no haya sido responsable por el Ordinario.

3.^a La caridad, en casos de tener que ayudar al prójimo que se halla necesitado.

4.^a La necesidad, como sería el caso de quien, de no trabajar, tuviese que pasar el día sin comer, o el caso de quien trabaja para evitar algún daño. Y así, es lícito segar el trigo, o vendimiar, recoger las mieses, o la hierba, o la aceituna, o cualquier otro fruto que hubiere que poner en seguro para que no se malogre.

También es lícito hacer las cosas que la vida cotidiana de los hombres exige como preparar la comida, adecentar la casa, barrer, arreglar las camas, etcétera.

5.^a *La piedad*, como sería cultivar los campos de

las iglesias pobres, o trabajar por limosna en la construcción de las mismas. Pero en este caso haría falta la licencia del Obispo o tendría que existir una necesidad grave y actual.

6.^a *La parvedad de materia.* ¿Qué tiempo de trabajo sería materia grave? Según unos, una hora; según otros, dos horas.

Pero téngase presente que la parvedad de materia no excusa de pecado venial cuando no existe razón ninguna para trabajar.

7.^a Hay quienes no quieren trabajar los días de labor, y luego no tienen inconveniente en trabajar los domingos medio día y hasta en hacer que trabajen sus hijos y criados.

Alguno tal vez diga: «Mire, Padre, es que somos pobres.» Bien; pero es que no toda pobreza hace lícito el trabajo los días festivos. La pobreza y necesidad deben ser tales que, de no trabajar esos días, tuvierais que pasarlos tú o tu familia sin lo necesario para la vida. Todo el que vive de su duro trabajo es pobre y siempre tiene alguna necesidad; pero esta necesidad no excusa de pecado. Y adviertan los hijos que si sus **padres les mandan, en contra de Dios, trabajar en domingo**, no están obligados a obedecer, y pecarían si obedeciesen. Sólo les será lícito acatar en esto la voluntad de sus padres cuando de no hacerlo, se les siguiese grave daño o, por lo menos notable molestia, ya que los preceptos de la Iglesia no obligan con grave incomodidad.

Y los criados, en semejantes casos, deben responder con franqueza: «Hoy es día de guardar, y, como cristiano que soy, no debo trabajar.» Y si los amos les fueran con amenazas, podrán, por el momento, obedecer; pero están obligados a salir de su servicio,

buscando otros amos que observen la ley como buenos cristianos.

8. Ved cómo castiga Dios a quienes profanan con su trabajo el día del Señor. En un lugar de la diócesis de Fano se celebraba la fiesta del Patrono, San Urso, Obispo de Ravena. Un campesino salió a arar sus tierras, y como alguien le advirtiera que por qué no tenía más respeto a la fiesta del Santo, respondió: «Si él es Urso, yo soy un hombre que tiene que ganarse el pan.» Apenas hubo dicho estas palabras, se abrió la tierra sepultando en sus entrañas al labrador con su junta y sus aperos de labranza. Hoy se levanta allí la villa de Rossano y se advierten todavía indicios de la abierta sima.

9. ¿Piensas por ventura, buen hombre, que ganas algo con trabajar los domingos? Pues te equivocas; esos trabajos te traerán mayor miseria.

Escucha a este propósito el hecho siguiente: Eranse dos zapateros uno de los cuales, fiel observante de la ley de Dios, vivía y daba de comer a su familia holgadamente, mientras que el otro reventándose a trabajar incluso los días festivos, andaba apuradísimo y traía a sus hijos muertos de hambre.

—Amigo— le dijo éste cierto día, con acento dolorido—, ¿cómo te las arreglas tú? Porque es el caso que yo, trabajando como trabajo como un verdadero esclavo, no tengo ni lo necesario para vivir.

—Pues mira —respondióle el otro—: es que yo todas las mañanas voy donde un amigo, el cual me provee de todo.

—¿Y por qué no me presentas a ese amigo tan generoso?

—Sí lo haré, te lo prometo.

Y una mañana le condujo a la iglesia, donde los dos oyeron misa.

—Pero, bueno —le dice el pobretón cuando ya estuvieron en la calle—, ¿dónde está el amigo provisor de que me hablastes?

—¿No viste a Jesucristo en el altar? Pues ahí lo tienes; El es quien me abastece de todo cuanto necesito.

Sí, hermanos míos, convenzámonos de que no es el pecado, sino sólo Dios quien nos ha de ayudar en nuestras necesidades. Y Dios ayuda a los que guardan su ley, no a los que la menosprecian.

10. [Los días en que no se puede trabajar son los siguientes: todos los domingos del año, más las fiestas de Navidad, Epifanía, Pascua de Resurrección, Asunción de la Santísima Virgen, Inmaculada Concepción, San José, y Todos los Santos (En España hay que añadir la fiesta del Apóstol Santiago).

§ 2.—De la obligación de asistir a la Santa Misa

11. ¿Qué es la Misa? *Es el sacrificio que a la divina majestad se ofrece del Cuerpo y Sangre de Jesucristo, bajo las especies de pan y de vino.*

Para cumplir esta obligación de oír Misa, dos cosas se requieren: *intención y atención.*

a) *Intención*, esto es, que se vaya con la idea de oír la Misa. No cumple, por consiguiente, quien asiste a la fuerza o está allí con el único fin de ver la Iglesia, esperar a un amigo o por cualquier otro motivo que no sea el de oír la Misa.

Y si uno la oyó por devoción, pero creyendo ser día ordinario, y luego cayese en la cuenta de que era día festivo, ¿estará obligado a oír otra Misa? No; basta ya la voluntad y el hecho de haber realizado la *obra mandada*, aunque ninguna intención hubiera habido de cumplir el *mandato*.

12. b) Se requiere, en segundo lugar *atención*, esto es, que se atienda al sacrificio que se celebra.

Esta atención puede ser *externa o interna*.

No satisface ciertamente a la obligación de la Misa quien no guarda *atención externa*, como sería el caso de un individuo que se pasase el tiempo de la Misa durmiendo, o en estado de embriaguez, o escribiendo, o tratando con otros asuntos, o entretenido con *parecidos* actos externos.

Se preguntan los autores si cumpliría aquel que oyó la Misa sin *atención interna*: uno, por ejemplo, que se da cuenta de las ceremonias que se realizan en el altar, pero que interiormente está distraído y derramado en pensamientos ajenos a Dios. Muchos opinan que sólo cometería pecado venial, tantos pecados veniales cuantas veces su distracción haya sido voluntaria, pero que en sustancia ya ha satisfecho al precepto de la Misa con una sola presencia moral. Sin embargo, la sentencia más común, siguiendo a Santo Tomás, es que no satisface, lo cual debe entenderse únicamente del caso en que el individuo, dándose cuenta de que está distraído quiere positivamente continuar en su distracción.

Así, pues, a todos os recomiendo que cuando asistís a la Santa Misa penséis en aquel gran Sacrificio que entonces se celebra, Pensad en la pasión de Jesucristo ya que la Misa es renovación del sacrificio que de

sí mismo hizo Jesucristo muriendo en la cruz; o bien meditar, el juicio o el infierno; quien sepa leer, lea en algún libro espiritual o recite el Oficio parvo de Nuestra Señora, y quien no sepa leer y no quiera meditar, rece por lo menos el Santo Rosario u otras oraciones vocales, o siquiera vaya siguiendo los movimientos del sacerdote. (1)

¿Y cumplirá el precepto quien durante la Misa se estuviera confesando? No por cierto; asiste, es verdad, pero como reo que acusa sus pecados, mas no como oferente del sacrificio; y ya sabemos que el cristiano que asiste a la Misa sacrifica justamente con el celebrante.

13. Lo mejor sería atender durante la Misa al cumplimiento de los fines por los cuales ha sido sustituida. Estos fines son: 1.º, adorar a Dios; 2.º, darle gracias; 3.º, satisfacer por nuestros pecados; 4.º, impetrar del Señor las gracias que necesitamos. Así, pues, mientras asistimos a la Misa: a) ofrezcamos a honra y gloria de la majestad de Dios el sacrificio de su propio Hijo; b) demosle gracias por todos los beneficios que de su mano hemos recibido; c) presentémosle el divino holocausto en satisfacción de nuestras culpas, y d) pidámoslo por los méritos de Cristo las gracias necesarias para nuestra salvación. Particularmente, en el momento de la elevación de la hostia, pidamos a Dios que por amor a Jesu-

(1) Este consejo lo daba San Alfonso en aquellos tiempos en que la Misa se celebraba en latín y no se entendía, pero ahora que se celebra en lengua que entendemos, la mejor manera de oír la Misa es prestando atención a las lecturas y recitando con devoción las oraciones propias de la Misa.

cristo nos perdone nuestros pecados; en la elevación del cáliz pidámosle que, por los méritos de aquella sangre divina, nos conceda su amor y la perseverancia final, y en el momento de comulgar el sacerdote hagamos una comunión espiritual diciendo: «¡Jesús mío, os deseo y os abrazo; no permitáis que vuelva jamás a apartarme de Vos!»

14. Conviene advertir varias cosas: 1.^a El que omite parte de la Misa peca mortalmente si es en materia grave. Mas ¿qué parte de la misa será materia grave?

Según unos, no lo es lo que va desde el comiendo de la Misa hasta el fin de Evangelio; de manera que no cometería pecado mortal quien asistiera desde el Ofertorio, que es la oración que sigue a aquél; y dan por razón que antiguamente la Misa —como escribe San Isidoro— principiaba con el Ofertorio. Sin embargo, es más común y razonable la opinión de aquellos otros que tienen por materia grave la omisión antedicha.

Omitir desde el comiendo de la Misa hasta la Epístola o desde la Comunión hasta el final no es, según la común sentencia, pecado grave.

Quien no está presente a la Consagración o a la Comunión no cumple, a mi modo de ver con la obligación de oír la Misa, pues sostengo que la esencia de este sacrificio consiste en la Consagración y en la Comunión.

15. 2.^a No cumple con el precepto de la Misa el que oye *simultáneamente* la mitad de la que dice un sacerdote y la mitad de la que dice otro. Afirmar lo contrario es proposición condenada por Inocencio

XI. ¿Y cumpliría si las oyese *sucesivamente*, esto es, media misa de un sacerdote y después la otra media de otro? Muchos doctores responden afirmativamente, pero con tal (así se debe entender) que la Consagración y la sunción del Cuerpo y Sangre de Cristo corresponden siempre al mismo celebrante.

16. 3.^a Cumple con la obligación de la Misa el que la oyera en el coro, detrás del altar mayor o detrás de una columna de la iglesia, y aun oyéndola desde fuera del templo y sin ver al sacerdote, pero a condición de que se una a los fieles que están dentro, de manera que, al menos por los movimientos que observa en ellos, pueda darse cuenta del desarrollo de la misma.

17. 4.^a Respecto a quienes gozan del privilegio de oratorio privado, se han de tener en cuenta que únicamente cumplen con el precepto de la Misa el indultario y su familia, es decir, los parientes consanguíneos o afines hasta el cuarto grado; pero nótese bien, con tal de que éstos (los familiares) vivan en la casa y a expensas del indultario, y a condición, además, de que cuando se dice la Misa asista alguna de las personas concesorias del privilegio. En cuanto a la *servidumbre* adviértase que no todos los criados cumplen oyendo estas misas, sino solamente aquellos que, viviendo a expensas del señor, sean necesarios durante la celebración, bien sea para hacer de monaguillos o para ayudar al señor a arrodillarse o a sentarse, bien sea para leerle la meditación o cosas semejantes.

18. ¿Qué causas excusan de la obligación de oír la Misa?

Excusan la imposibilidad física y la imposición moral. Se da la *imposibilidad física* cuando uno, por ejemplo, está enfermo en cama, o encarcelado, o es ciego y no tiene quien lo conduzca a la iglesia. Se da *imposibilidad moral* cuando uno no puede acudir a la iglesia sin exponerse a grave daño espiritual o material. Por esta razón están dispensados la policía urbana en servicio, los soldados de guardia, las personas que tienen que cuidar del rebaño, de la casa, de niños pequeños o de enfermos y no tienen quien les reemplace entre tanto.

Excusa asimismo una *grave molestia*. No están, por consiguiente, obligados a oír la Misa los enfermos convalecientes que no pueden ir al templo si no es con mucho esfuerzo y exponiéndose a recaer. Tampoco lo están aquellos criados que no pueden ausentarse de casa sin grave incomodidad para los amos o para ellos mismos, como, por ejemplo, si hubiera temor de verse despedidos y no les fuera fácil después colocarse en otra parte.

19. Excusa la *larga distancia* a la iglesia. Los autores estiman suficiente la distancia de una legua, y a menos también, si el tiempo está lluvioso o de nieve, o si la persona es de pocas fuerzas, o el camino se halla en malas condiciones.

Excusa la *costumbre* de ciertos países de no salir de casa después del parto o a raíz de la muerte de algún familiar o pariente muy cercano. ¡Aunque hay quienes, en semejantes casos, se guardan de ir a la iglesia, pero no salir en público a la calle! Los que así obran no están dispensados de ir a Misa.

Pueden excusar también a algunos *el no tener ropa* decente o faltarle el acompañamiento que su condición exige para presentarse en el templo. Sin embargo, si en alguna capilla apartada hubiese Misa de mañanita estarían obligados a asistir a ella.

20. Por lo demás, queridos cristianos, procurad no omitir nunca la santa Misa. ¡Oh, que grandes tesoros encierra para quienes la oyen con devoción! Obtendrán gracias extraordinarias por la participación en los frutos de la pasión de Jesucristo, pues, como antes dijimos, todo el que asiste a la Misa sacrifica junto al celebrante y ofrece a Dios en favor propio y de los demás la muerte y méritos del Salvador.

21. Oíd cuán grandes bienes, así espirituales como temporales, acarrea la Misa a quienes a ella asisten. Cierto día, tres mecaderes tenían dispuesto salir juntos de la ciudad de Gubio. Uno de ellos quiso oír Misa antes de partir; se disgustaron los otros dos, y, sin esperar al compañero, se pusieron en camino. Llegaron al río Corfuone, que por las lluvias de la noche anterior traía gran crecida, y sucedió que, cuando se hallaban en la mitad del puente, éste se hundió y los dos murieron ahogados. El otro, terminada la Misa, tomó el mismo camino de sus compañeros, y cuál no fue su asombro cuando, al llegar al río, topó en la orilla con los cadáveres de aquellos, reconociendo en esto el favor que, por asistir a la Misa, le acababa de dispensar el cielo.

22. Y oíd otro relato más espantoso todavía. Cuéntase que en la corte de un rey servía en calidad

de paje un joven y piadoso caballero, el cual ni un solo día dejaba de oír Misa. Otro paje, movido por sentimientos de envidia, lo acusó delante del rey de permitirse excesivas confianzas con su esposa la reina. Se enojó el monarca y, sin más averiguaciones, ordenó a los fogoneros de unos hornos de calcinación que al primer paje de la corte que a ellos viniera lo prendiesen y arrojasen en mitad del horno y que, apenas cumplida la ejecución se lo comunicasen. Llamando luego al calumniado paje, lo envió con un pretexto cualquiera a la calera. Mas he aquí que apenas se hubo puesto en camino, oyó tocar a Misa en una iglesia y en ella entró para asistir al santo sacrificio. El rey, entre tanto impaciente por saber si se habían cumplido sus órdenes, envió al otro paje (al vil calumniador) a informarse de lo que pasaba allá en el horno. Este infeliz fue el primero en llegar; los fogoneros que lo vieron, le echaron mano y lo quemaron vivo en medio de las llamas. Al poco rato se presentaba en palacio, de vuelta de su encargo, el paje inocente, el cual, preguntado por el rey por qué no había ejecutado sus órdenes con más presteza, respondió que por haberse detenido en la iglesia a oír la santa Misa. Más tarde, sospechando el rey la falsedad de la acusación, se informó mejor y descubrió la inocencia del piadoso paje y fiel servidor.

23. Mas antes de poner fin a esta materia del tercer Mandamiento, quiero llamar un poco la atención acerca del abuso que de los días santos suelen hacer los cristianos. Dios instituyó estos días con el fin de que lo honremos a El y hagamos méritos para la vida eterna, asistiendo a las reuniones de alguna piadosa Asociación y acudiendo a la iglesia para oír allí

la palabra divina, rezar el rosario, visitar a Jesús Sacramentado, encomendarse a la Virgen María y a los Santos, abogados nuestros. ¡Cuántos son, sin embargo los que emplean el día santo en deshonar a Dios y amontonar mayores méritos para el infierno! Porque ¿qué es lo que hacen los cristianos los domingos y días de fiesta? Armar riñas y reyertas (¡cuántos homicidios se cometieron esos días!); cultivar profanos amoríos, llevando en esto la irreverencia hasta el recinto mismo del templo; pasear la calle llenando la cabeza de malos pensamientos, cuando no haciendo el gamberro con amigos libertinos, o pasar las horas en la taberna jugando, blasfemando y embriagándose.

24. He dicho que hay quienes no quieren entrar en la iglesia por no escuchar el sermón; pero diré también, con San Juan Crisóstomo, que algunos que van, mejor harían en no poner los pies en el templo, porque son tales sus irreverencias que más ofenden al Señor entrando en la iglesia que quedándose fuera. He aquí las palabras del Santo: «Menor delito sería no venir al templo, que venir como viene». Es cosa que espanta los desacatos que en nuestros días se cometen en los templos. ¡Y luego nos quejamos de los castigos de Dios! Las profanaciones e irreverencias en los templos fueron a juicio de muchos escritores, la causa de perderse el reino de Chipre y caer en poder de los turcos.

Escribe Eugenio Cistenio, embajador de Fernando I cerca de Solimán, que ante el sepulcro de Mahoma los turcos no hablan, ni escupen, ni tosen, ni vuelven nunca la vista por curiosidad; y que al salir del templo, salen de espaldas a la puerta por no volvér-

selas al sepulcro del Profeta. ¿Y cuál es el proceder de los cristianos? Entran en la iglesia haciendo ruido con los pies, volviendo los ojos a todas partes; fíjanse en si esta mujer es guapa y aquella fea; alimentan sucios pensamientos y tienen el atrevimiento de ir allí a requebrar y a enamorarse sin ninguna consideración a la presencia de Jesús sacramentado. ¡Oh cielos!, ¿y cómo es que no se hunden las iglesias?, ¿cómo no se nos va de ellas Jesucristo, como ya alguna vez sucedió? Refiere Del Verme en su *instrucción* que en una iglesia donde solían cometer muchas irreverencias oyóse cierto día, al momento del alzar, una tremenda voz que decía: «Me voy de aquí» Y vieron al mismo tiempo los allí presentes subir la Hostia santa por los aires, mientras la voz repetía de nuevo: «Me voy de aquí» Cuando ya la Hostia llegaba a la altura de la bóveda, sonó la voz por tercera vez: «Me voy de aquí» Entonces la Sagrada forma desapareció y al punto se desplomó el templo sobre aquel pueblo infeliz.

Hermanos míos, ¿cómo Dios nos puede sufrir viendo que a la iglesia, donde El nos dispensa sus gracias, vamos nosotros a ofenderle?

Del ayuno eclesiástico

25. Antes de cerrar este capítulo diremos unas breves palabras sobre el ayuno y la abstinencia que la Iglesia impone en ciertos días o en tiempo de Cuaresma como preparación a las solemnidades de la Pascua.

[En la antigua legislación el ayuno suponía tres obligaciones eseciales; a saber: abstinencia de alimentos prohibidos, comida única al día y tiempo inantecipable de dicha comida.

Hoy la abstinencia y el ayuno son dos leyes distintas, que unas veces obligan separada y otras simultáneamente, como luego diremos.

La abstinencia, se refiere única y exclusivamente a la calidad de los alimentos; y consiste en privarse de *carne y del caldo de carne*. Se permite comer huevos y toda clase de lacticinios y condimentar las comidas con cualesquiera condimentos, incluso con grasa de animales (Can. 1250).

Los animales cuyas carnes se prohíben son los mamíferos y las aves.

26. 2) *El ayuno* obliga a no hacer al día sino *una sola comida*. Esta ley se refiere únicamente al número de comidas, dejando plena libertad en lo que atañe a la calidad o cantidad de manjares.

No cuentan como comida —y, por consiguiente, se pueden tomar— el desayuno por la mañana y una frugal colación por la noche, con tal que, tanto en uno como en la otra, se observe en lo que a cantidad y calidad de alimentos se refiere, lo que en cada lugar se acostumbra entre gentes de buena conciencia (Can 1251 § 1.)

Por de pronto, la colación de la noche no debe exceder de ocho onzas (Equivalente todo ello a unos 250 gramos. Varía según diversos países el peso de la onza; la de Castilla tiene 28,716 gramos); hay autores que admiten diez, quince y hasta veinte.

¡Bonito ayuno!

—Pero, Padre; yo ya procuro quedarme con un poquito de hambre.

—Eso no basta. Los antiguos cristianos se sujetaban con rigor a una sola comida, que hacían por la tarde. Luego la Iglesia permitió la colación; pero, co-

mo dije, no debía ésta exceder de ocho onzas, según la costrumbre comúnmente aceptada. Ahora está muy mitigado el ayuno y la abstinencia.

27. El cristiano debe ayunar y guardar abstinencia de carne en los días preceptuados.

La iglesia nos habla de la necesidad de hacer penitencia y mortificarnos corporalmente. Ella quiere recordarnos el espíritu de penitencia que debe animar a todo cristiano, para precavernos del pecado. Jesucristo dice: *Si no hacéis penitencia, perecereis* (Lc 13,5)

Actualmente son días de ayuno y abstinencia solamente dos: *El miércoles de Ceniza y el Viernes Santo. De abstinencia* solamente los demás viernes del año.

Los viernes de Cuaresma son obligatorios en cuanto a la obsevancia de la obstinencia; pero los demás viernes del año se pueden permutar por otras obras de piedad: por oír Misa, por el rezo del rosario, por leer alguna página o capítulo de la Biblia, etc.

La abstinencia obliga desde los catorce años cumplidos; *el ayuno* desde los veintiún años cumplidos hasta los sesenta incoados.

28. Están dispensados del ayuno aquellos que se ocupan en trabajos duros, como son los que cavan la tierra, los que tejen, los obreros de las fábricas, los herreros y los que se emplean en oficios semejantes; asimismo, las mujeres que están para dar a luz o amamantando; también están dispensados los pobres que sólo disponen de un escaso alimento por la mañana, insuficiente para mantener las fuerzas durante el día.

CUARTO MANDAMIENTO

Honra a tu padre y a tu madre (Ex, 20,12)

Aunque este Mandamiento se refiere principalmente a los deberes de los hijos para con sus padres, abarca también:

- a) Las obligaciones de los padres para con sus hijos.
- b) Las obligaciones mutuas de amos y criados.
- c) Las obligaciones de los esposos entre sí.

§ 1. —De los deberes de los hijos para con sus padres

1. Los hijos están obligados a guardar a sus padres *amor, respecto y obediencia*.

A) *Deber de amor*. Peca gravemente contra este deber el hijo que desea algún mal grave a su padre o a su madre; y por cierto, peca doblemente: contra la caridad y contra la piedad filial.

Peca el que no los socorre en sus necesidades, tanto espirituales como temporales. Y así, en caso de grave enfermedad de los padres, están obligados los hijos a procurarles los sacramentos, avisándoles a tiempo del peligro en que se encuentran; y en caso de gravedad necesaria material, deben alimentarlos con sus propios bienes. *Hijo* —dice el Eclesiástico— *acoge a tu padre en su ancianidad* (Eclec. 3,14). Ellos nos

alimentaron en nuestra infancia, justo es que nosotros los alimentemos en su vejez. Dice San Ambrosio que las cigüeñas cuando ya ven a sus padres viejos e inútiles para procurarse el alimento por sí mismos, ellas se los buscan y se lo llevan. ¡Qué ingratitud ver a un hijo cuya madre se muere de hambre, mientras él come y bebe en la taberna!

2. Escuchad un caso de exquisito amor filial. Vivían en el Japón por el año 1604 tres hermanos en compañía de su madre. Los tres trabajaban para ganarle el sustento; mas como sus esfuerzos resultasen insuficientes, he aquí lo que hicieron. Salió un bando del emperador prometiendo una buen suma de dinero a quien capturase y entregase a la justicia algún bandido. Pues bien; acordaron los hermanos que uno de ellos se fingiese malhechor; los otros dos se encargarían de conducirlo a la justicia y de cobrar aquel dinero, con que poder sacar de apuros a su madre.

Echaron suertes sobre cuál de los tres debería hacer el papel de ladrón y, en consecuencia entregarse a morir, ya que para estos enemigos de la paz pública había pena de muerte. Tocó la suerte al más joven, que inmediatamente fue conducido maniatado y puesto en prisión. Al despedirse el encarcelado, los otros dos hermanos lo abrazaron tiernamente entre lágrimas; cosa que sorprendió al juez, el cual dio orden a sus guardias de seguirles los pasos.

Llegando a casa de su madre, ésta, informada de lo que pasaba, les decía que prefería morir mil veces antes de consentir en la muerte de aquel hijo, que por causa suya se entregaba a los verdugos del emperador. «Id —les decía—, id, devolved el dinero y

traedme a mi hijo.» De todo fue sabedor el juez y éste lo comunicó al emperador, el cual, conmovido, asignó una pensión vitalicia a los tres hermanos. Así remuneró el Señor el amor y la piedad de aquellos hijos para con su madre.

3. Por el contrario, ved el castigo que Dios envió a un hijo sin entrañas. Lo refiere San Buenaventura y dice haber visto a uno que conocía al protagonista de esta historia. Erase un hombre pobre que con su amabilidad había logrado hacerse rico, y tenía un hijo único. Como viesan esto algunos nobles, procuraron y consiguieron que ese hijo se casase con la hija de uno de ellos. Y ésta, que era joven, bella y elegante, empezó a abomitar del padre de su marido, y pudo tanto con éste, que consiguió echar de casa al padre durante la comida, de suerte que quedó él sin más alimento que unas habichuelas. Cierta día vióse acuciado por el hambre y vino a la casa del hijo y pidió de comer, y dándole unas habas mezuquinas, lo despacharon de casa. Entonces dijo ella a su marido: «Siquiera ahora podremos comer en paz. Vete a la despensa y trae el capón que ahí tengo asado.» Y en cuanto abrió la alacena, el capón se transformó en escuerzo. Y saltando éste a la cara de aquél, se la cubrió toda, hincándose tan fuertemente en ella que no hubo médico que acertase a separarlo, ni hubo quien lo consiguiera, sino que murió aquel hijo desgraciado con muerte desastrada.

El Cantimpratense, que también refiere esta caso, dice haberlo sabido por un fraile dominico, el cual hallándose en París, había visto con sus propios ojos a aquel infeliz con la monstruosa alimaña en el rostro, y había oído el hecho de sus propios labios.

Así, pues, oh hijos, tened siempre amor a vuestros padres y socorrerlos si se vieran en pobreza o encarcelados o enfermos; de lo contrario, preparaos a recibir de Dios algún ejemplar castigo o, por lo menos, a que vuestros hijos os traten como hubisteis tratado vosotros a vuestros padres.

4. *B) Deber de respeto.* Deben los hijos, en segundo lugar, respetar a su padre y a su madre. *De obra y de palabra* —dice el Señor— *honra a tu padre* (Eclec. 3,9).

De obra y de palabra. Pecan, por consiguiente, los hijos que responden a sus padres airadamente o levantando la voz; y más aún quienes se burlan de ellos o los maldicen o injurian llamándolos *locos, bestias, ladrones, borrachos, brujas criminales* y otros denuestos de este jaez. Semejantes expresiones, dichas a los padres en su propia cara, son pecado mortal. En la antigua Ley las injurias al padre o la madre se castigaban con la muerte: *Muera el que maldijere a su padre o a su madre* (Ex. 21,17). Hoy no hay para estos males hijos muerte temporal, pero ciertamente son reos de maldición de Dios: *Será maldito de Dios* —leemos en el Eclesiástico— *quien irrita a su madre* (Eclec. 3,18); maldito de Dios, es decir, condenado a la muerte eterna.

5. Mayor pecado aún sería levantar la mano contra los padres o hacer ademán de golpearlos. Hijo, que osaste poner tu mano sobre tu madre, prepárate a morir, pues la Escritura santa asegura que será breve la vida del que a sus padres ultraja: *Honra a tu padre y a tu madre... para que vivas largos años y seas feliz en la tierra* (Dt. 5,16). El que a sus padres

honra, tendrá larga y próspera vida en la tierra; el que los maltrata, vivirá poco y desastradamente.

Refiere San Bernardino de Sena que a un joven, en el momento de ser ahorcado, le brotó una barba como de hombre viejo. Con lo cual manifestaba el cielo —según fue revelado al obispo mientras oraba por el alma de aquel desgraciado— que hubiera éste vivido hasta la vejez; pero que a causa del poco respeto a sus padres, se había lanzado, dejado de la mano de Dios, a cometer aquellos crímenes que por fin daban con él en la horca.

6. Pero oíd todavía un caso más terrible que nos cuenta San Agustín. En Cesarea de Capocia vivía una madre con muchos hijos. Un día el mayor, después de injuriarla la golpeó ante la impasibilidad de los demás hermanos, quienes, en vez de impedirlo, como era su deber, se contentaron con presenciar la escena. La madre entonces, llena de cólera por tamaño desacato, cayó a su vez en otro lamentable exceso: se dirigió a la Iglesia, y delante de la pila bautismal donde un día sus hijos recibieran el bautismo, los maldijo a todos pidiendo al mismo tiempo al Señor los castigase de forma que al mundo entero fuese de espanto.

De repente se apoderó de los hijos un extraño temblor en todo el cuerpo. Se dispensaron por diversos lugares, llevando consigo aquel temblor de maldición. La madre presa ahora de dolor por semejante azote, desesperada, se dio a sí misma la muerte.

San Agustín testifica que hallándose él en la iglesia de San Esteban, en Hipona, donde se veneraban las reliquias del glorioso mártir, se presentaron dos de aquellos hermanos, Paulo y Paladia, quienes en

presencia de las santas reliquias se vieron milagrosamente curados de aquel temblor que aún estremecía sus miembros.

7. Otro caso. Un individuo iba arrastrando bárbaramente por los pies a su propio padre. Este llegado a cierto lugar, dijo a su hijo: «Basta ya: no pases de aquí; hasta este mismo sitio arrastré yo a tu abuelo, y ahora Dios, en justo castigo, permite que tú me arrastres a mí.»

¿Véis, hermanos, cómo Dios castiga a los hijos que maltratan a su padres?

Me diréis: «Pero es que yo tengo un padre y una madre que no hay quien los aguante.»

Pues escucha lo que dice el Señor: *Hijo acoge a tu padre en su ancianidad, y no le des pesares en su vida* (Ecléc. 3,14); como si dijera ¿no ves que tus padres son ancianitos, afligidos por los achaques de la vejez?; no debes, pues, contristarlos en los pocos años que les puedan quedar de vida. Y añade la Escritura santa: *Si llega a perder la razón, muéstrate con él indulgente y no le afrentes al verte tú en la plenitud de tus fuerzas* (Ecléc. 3,15). A veces parece que los ancianos chochean; pero ahí está la virtud, en saber llevar entonces con paciencia sus rarezas y refunfuños.

8. C) *Deber de obediencia*. Se debe a los padres, en tercer lugar, obediencia en todo lo que es justo y razonable. *Hijos* —dice San Pablo—, *obedeced a vuestros padres en el Señor* (Ep. 6,1). Obediencia, por consiguiente, en las cosas que atañen al servicio de la casa y, sobre todo, en lo que se refiere al mantenimiento de las buenas costumbres; y así, cuando

los padres prohíben a los hijos el juego o andar en malas compañías, o frecuentar sitios sospechosos, no obedecer es pecado.

Refiere Teófilo Raynaud que en las fronteras de Francia y Saboya vivía un joven de noble familia, pero muy rebelde a los mandatos de su madre, viuda. Teníale ésta mandado tornar pronto a casa, y no, según costumbre, a las altas horas de la noche. Mas como si no. Volviendo en cierta ocasión de una de estas juergas nocturnas, se halló con que su madre le había cerrado la puerta, dejándolo al sereno. Y como, a pesar de llamar con recios golpes, la puerta siguiera cerrada, desatóse en denuestos y maldiciones contra su madre. No tuvo más remedio que irse, co un hermano suyo y un criado que les acompañaba, a dormir en casa de unos vecinos. Ya estaban acostados cuando oyen un gran ruido y ven entrar al mismo tiempo en la habitación un enorme fantasma que, acercándose a nuestro joven, lo toma por los pies, lo arrastra sobre una mesa y, armado de una daga que traía, descuartiza su cuerpo, que va tirando a la voracidad de cuatro espantosos perros que con él venían. El hermano y el criado, puestos luego a buscar el cuerpo del infeliz, nada hallaron. La impresión de aquel cuadro de horror fue tal en el ánimo del hermano, que éste se hizo cartujo y acabó sus días santamente, después de una vida totalmente consagrada al servicio de Dios. Así castiga Dios a los hijos desobedientes.

9. Pero hay que advertir una palabra a propósito del citado texto de San Pablo. Dice que hay que obedecer a los padres «in Domino», *en el Señor*: esto es, en las cosas que agradan a Dios, mas no en

las que contrarían su divino beneplácito. Y así, por ejemplo, ¿habrá que obedecer a una madre que manda robar o asesinar? Claro que no; y los hijos que en esto obedeciesen, pecarían.

Tampoco están obligados los hijos a obedecer —como unánimemente enseñan los doctores con Santo Tomás— cuando se trata de elegir estado: de casarse o no, de hacerse sacerdote o de entrar en religión.

Pero en cuanto al matrimonio se refiere, pecan los hijos que se obstinasen en celebrar una unión matrimonial bochornosa para la familia. Y en cuanto al estado religioso, téngase en cuenta que si los padres son pobres y se hallan en grave necesidad, y el hijo puede ayudarlos con su trabajo, no le es lícito al hijo abandonarlos para entrar en religión. Por otra parte, pecan mortalmente los padres que obligan a sus hijos a recibir las sagradas órdenes o a abrazar el estado religioso, o coaccionan a sus hijas para entrar en clausura o para emitir allí los santos votos. Incurren, además en la excomunión del concilio de Trento (Ses. 25).

10. Pecan también si imponen el matrimonio a un hijo que quisiera permanecer soltero o apartan del estado religioso al que quisiera entrar en él. Hay padres que a esto último no le dan ninguna importancia; pues sepan que apartar a los hijos de su vocación religiosa es pecado mortal. Logrará cada cual su salvación allí donde Dios le llama; es decir, que un hijo con vocación religiosa se santificará en el claustro: pero si a instancias de los padres permanece en el siglo, llevará mala vida y se condenará. ¡Y que haya padres que, por el afán de tener consigo a su

lado a un hijo, sean capaces de tolerar que su hijo se condene! «Tales padres —dice San Bernardo— no merecen el nombre de padres, sino de asesinos de sus hijos». Pero ¡que se preparen al castigo de Dios, no sólo en la otra vida, más también en la presente!; y para ello se servirá el Señor de los mismos hijos, los cuales, una vez perdida la vocación se darán a los vicios y serán la ruina de la casa. Abundan tristes ejemplos de desastres familiares por haber apartado a algún hijo del camino de su vocación.

11. Baste uno solo. Cuenta el P. Alejandro Faya, jesuíta, que en Tudela de Duero, lugar de Castilla la Vieja, en España, vivía un caballero muy rico. Tenía un hijo único, y en él puestas todas sus esperanzas para el gobierno de la hacienda el día de mañana. El hijo, llamado por Dios a hacerse jesuíta, tanto rogó a los Superiores, que al fin lo admitieron en la Compañía. El padre se presentó en el Noviciado con tal alboroto y tan grandes lamentos, que el hijo, por complacerle, abandonó la vida religiosa. Una vez en casa, sintió de nuevo en su corazón la invitación de Dios a dejar el mundo; mas no atreviéndose a tornar a la Compañía, ingresó en la Orden franciscana. Volvió el padre a mover cielo y tierra hasta que consiguió sacarlo también de allí. Pero veréis lo que sucedió. Quiso el padre casar a su hijo con una joven que, por cierto, no era del agrado del muchacho. Ello motivó entre ambos tan recios altercados y odio tan fiero que, viniendo un día a las manos, el hijo mató a su padre. Cayó el parricida en manos de la justicia y acabó sus días en la horca.

Padres y madres, andad con cuidado y no quitéis ni al hijo ni a la hija su vocación de consagrarse a

Dios. ¿Qué mayor consuelo podréis tener que contemplar a vuestros hijos caminando por los senderos del particular servicio de Dios y de la santidad? La madre de San Luis Gonzaga, marquesa de Castiglione, entendiendo que Luis era llamado por Dios a entrar en la Compañía de Jesús, ella misma le ayudó a realizar sus piadosos deseos. He ahí el papel de los padres: ayudar a sus hijos a hacerse santos.

Y si por ventura, ¡oh jóvenes!, alguno de vosotros, deseosos de un estado de vida más perfecto para servir a Dios, se encontrase con la oposición de sus padres, oiga lo que se cuenta en la *Vida de San Pacomio* de cierto joven llamado Teodoro. Era hijo único y con muchos bienes de fortuna. Un día de fiesta, mientras en su casa se celebraba un gran banquete, Dios le dio a entender cómo todas las riquezas que poseía de nada le habrían de servir a la hora de la muerte. Se encerró en su habitación y, después de rogar con muchas lágrimas al Señor le mostrase el camino que debía seguir para alcanzar su salvación eterna, huyó de casa, abandonando todos sus bienes, y se dirigió al monasterio de San Pacomio. Se presentó la madre al santo Abad con cartas de los obispos, exigiendo la entrega del hijo. Pero Teodoro tanto rogó a Dios que no sólo consiguió permanecer donde estaba, sino que hasta su misma madre se determinase a abandonar el mundo y hacerse religiosa en un convento.

§ 2. —Obligaciones de los padres para con sus hijos

12. Dos son las obligaciones principales que los padres tienen para con sus hijos a saber: alimentarlos y educarlos debidamente.

A) *Del alimento.* —Deben los padres atender al alimento de sus hijos; y esto, aun cuando los hijos fuesen malos; más aún, aun cuando hubiesen dilapidado por entero su legítima o hubiesen realizado indignos desposorios.

¿Y por qué?

Porque en medio de todo siguen siendo hijos.

Pecan, por consiguiente, los padres que sin justa causa los arrojan de casa, o les niegan en el testamento la herencia que les correspondía, o rehusan dotar a la hija porque se casa con fulano, quien, por lo demás, es un hombre de bien.

¿Y qué decir de aquellos padres crueles que en la taberna o en el bar se entregan a comilonas y al juego, mientras allá en casa piden los hijos una pedazo de pan, que no hay? Vemos que entre las bestias los padres ceban a sus crías; ¡sólo entre los hombres se da el caso cruel de dejar morir de hambre a los hijos! Y queremos advertir aquí que también los hermanos, pudiéndolo hacer, tienen obligación de alimentar a sus hermanos y de señalar dote a sus hermanas, en caso de grave necesidad. Es doctrina común de los doctores.

13. B) *De la educación.* —Es innegable que la buena o mala conducta de los hijos proviene, por lo general, de la buena o mala educación que de sus padres recibieron.

Dios instituyó el matrimonio para que allí los hijos le sirvan y se salven, dirigidos por las enseñanzas y corrección paterna. Sin esto se verían abandonados, no tendrían quien los instruyese en lo que debían practicar, ni quien los corrigiese y castigase cuando obrasen mal; cosas ambas necesarias, pues don-

de no aprovechan advertencias suele mover el miedo al castigo.

La experiencia demuestra que los padres santos forman santos hijos. Santa Brígida hizo una santa a su hija Catalina de Suecia; San Esteban rey de Hungría, hizo santo a su hijo el emperador Enrique; San Luis, rey de Francia, debió su santa vida a aquella madre y sierva de Dios Blanca de Castilla, quien teniéndolo de niño en sus brazos, le decía: «Hijo mío, antes quisiera verte muerto en un ataúd, que víctima de un pecado mortal.» Y me acuerdo de otra buena madre (1), muy solícita de la santificación de sus hijos, que decía: «Yo no quiero ser madre de hijos condenados.»

14. Pero hay padres y madres a quienes, diríase, no les preocupa lo más mínimo que sus hijos sean buenos o malos, que se salven o vayan al infierno. Pues tengan presente estos padres lo que muy bien dice Orígenes: «Darán cuenta los padres de todas las culpas de sus hijos.» Esta es la pura verdad, que, ordinariamente hablando, los responsables de los extravíos de los hijos son los padres, los cuales, por consiguiente, tendrían que responder de aquéllos delante de Dios. Padres hay que por no digustar a sus hijos ni los reprenden ni los castigan, siendo con su lenidad causa de que los hijos se pierdan. ¡Oh padres bárbaros y sin entrañas! Porque decidme, hermanos,

(1) Delicadamente alude Alfonso a su santa madre, Ana Cavalieri, de la que en cierta ocasión dijo: «Todo el bien que entonces hice y el mal que pude evitar se lo debo a mi madre» (*R. TELLERÍA: Sau Alfonso María de Ligorio, t. I, p. 10*). Una vez más se cumplió la regla de que los «padres santos forman hijos santos».

si un padre, cuyo hijo cayó en las aguas de un río, y pudiera salvarlo con sólo asirle por los cabellos, lo dejase morir ahogado por no causarle aquel pequeño dolor, ¿no sería crueldad? Pues mayor es la de aquél que no corrige ni castiga las faltas de su hijo ante el temor de apenarlo. ¿Y no juzgaríais despiadado a ese otro padre que pusiera en manos de su pequeñuelo una cortante navaja de afeitar, con peligro de que el niño inexperto se llenase de heridas? Pues más despiadados son los que a los hijos dan dinero para que lo derrochen a su antojo o les permiten andar con malas compañías o visitar lugares peligrosos. Nada deben procurar tanto los padres como alejar a sus hijos de las ocasiones de pecar, pues de éstas nacen después todos los males.

15. Y donde no basten las palabras y reprensiones, hay que echar mano del castigo; sobre todo cuando los hijos están aún en edad temprana, porque luego de mayores ya es imposible refrenarlos. *Odia a su hijo* —dice el Espíritu Santo— *el padre que da paz a la vara* (Prov. 13,24). Dios se encargará de castigarle luego a él. El sacerdote Helí —según refieren los Libros Santos— no supo castigar a sus dos hijos como era su deber, y por eso Dios permitió que el mismo día que morían estos muriese él también, envolviendo a los tres la muerte en un desastre común (1 Sam. 3,13; 4, 11, 18).

Pero del castigo hay que usar con discreción, nunca a impulso de la ira, como con frecuencia se hace; el único fruto que se sigue de esos ímpetus de cólera es que los hijos se hagan peores.

Empiécese por llamar al hijo la atención, acúdase luego a la amenaza y, por último, al castigo, proce-

diendo en esto como padres y no como cómitres de galera; siempre con moderación y nunca con maldiciones ni injurias. Bastará encerrarlo en una habitación, restringirle la comida, prohibirle el uso de alguna prenda de vestir más estimada; y, cuando llegue el caso, úsese del azote, del azote digo y no del palo.

Padres, tened como norma no poner nunca la mano sobre los hijos cuando os hierve la pasión; dad tiempo a que ésta se calme, y luego castigad.

16. Pecan los padres contra este deber de la educación.

1.º Si no adoctrinan a sus hijos en las cosas de la fe y de la salvación eterna.

Por lo menos deben hacer que todos los domingos acudan a la catequesis parroquial, para que allí aprendan el Catecismo: y ese día no ocupen los niños, como algunos hacen, en los trabajos de casa, resultando de aquí que luego esos niños ni saben confesarse ni las cosas más elementales de la Fe: no saben qué significa Santísima Trinidad o Encarnación de Nuestro Señor Jesucristo, ni qué cosa sean pecado mortal, juicio, infierno, cielo, eternidad: y víctimas de tan tremenda ignorancia, desgraciadamente se condenan. De lo cual los padres son responsables ante Dios.

17. 2.º Pecan si no los corrigen, como queda dicho, cuando blasfeman, roban o dicen palabras obscenas, o si no los castigan cuando es menester.

Y sepan los padres que la obligación que tienen de indagar qué vida llevan sus hijos, adónde van, a qué hora salen de casa, qué amistades cultivan. Así lo exige el oficio que tienen de padres.

¡Quisiera yo saber qué excusas presentarán aquellas mamás que, por el deseo de ver pronto casadas a sus hijas, las dejen sueltas con el novio, sin preocuparse de los pecados que puedan cometer! Estas son aquellas madres de quienes habla David, que ante unos intereses familiares sacrifican sus hijas al demonio: *sacrificaron... las propias hijas a los demonios* (Sal. 106,37). Y hasta madres hay capaces ellas mismas de introducir al galán para que huelgue con la hija, y así se vea en la precisión de casarse con ella después de haberse ligado mutuamente con cadenas de pecado; ¡y no ven las infelices que están echando sobre sí tantas ataduras infernales cuantos sean los pecados que cometa la enamorada parejita!

—Pero, Padre —me dirán—, ¡si no hacen nada malo!

—¡Ah!, ¿no? ¿Es que la estopa arrojada a las llamas puede no quemarse? ¡A cuántas madres veremos condenadas el día del juicio final por el necio afán de ver pronto casadas a sus hijas!

18. 3.º Pecan si no se preocupan de hacerles recibir los Sacramentos a su debido tiempo o no les obligan a la observancia de los días festivos y de los demás Mandamientos de la Iglesia.

4.º Pecan, y en esto cometen dos pecados si los escandalizan blasfemando, hablando deshonestamente o realizando acciones malas en su presencia, pues los padres están obligados a dar buen ejemplo a sus hijos: son éstos sobre todo de pequeñitos, como animales de imitación: que lo que ven hacer, eso hacen; con esta particularidad: que más fácilmente imitan los malos ejemplos que los buenos, ya que nuestra corrompida naturaleza se resiste a lo bueno y se in-

clina a lo malo. ¿Cómo van a entrar por el camino recto los hijos que a cada paso son testigos de cómo sus padres blasfeman, murmuran, injurian al prójimo, lanzan maldiciones, juran venganzas, hablan deshonestamente o profieren máximas pestíferas como éstas: «Dios es bueno y transige con ciertas debilidades», «No hay que dejarse pisar por nadie». «Hija, no seas pazguata; hay que exhibirse en sociedad»? ¿Podrá esperarse nada bueno de unos hijos cuyos padres se pasan la vida en la taberna y vuelven borrachos a casa, que frecuentan lugares de mala nota, que apenas si confiesen por Pascua o rara vez en el año? Dice Santo Tomás que estos padres «constrañen a sus hijos al pecado que ellos cometen».

De aquí se origina la ruina eterna de tantas almas: los hijos recibieron mal ejemplo de los padres; luego estos hijos se lo dan también a los suyos, y ¡ya tenemos una generación de padres y nietos camino de su condenación eterna!

¡Y hay padres que se quejan de que sus hijos son unos perdidos! *Pero ¿es que por ventura* —como dice Jesucristo— *se cortan uvas de un arbusto?* (Mt. 7, 16). Pues si nunca visteis brotar racimos de uva en las zarzas, ¿cómo queréis que salgan hijos buenos de padres malos? Sería cosa de milagro.

19. Y la razón de que esos padres de vida desreglada no corrijan las faltas de sus hijos es que, como les dan mal ejemplo, no tienen cara para reprenderles de unos pecados que también ellos cometen; y si alguna vez les da por llamarlos al orden, así hacen caso los hijos como quien oye llover.

Cuenta la fábula que un cangrejo, viendo que sus crías caminaban cuarteándose, les reprendió diciendo: